



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 9.º

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Pío IX, por D. A. G. G.—Una herencia de Nanto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—A Granada, poesia, por D. Antonio Jimenez Verdejo.—Solo un Dios y solo un culto, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—La campana, poesia, por D. Manuel Ribot.—Seccion para los niños: El rescate de un cautivo, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades: El frio en Siberia.

PIO IX.

Hay en la historia de la humanidad épocas pavorosas, cuya direccion y soluciones encomienda Dios á seres extraordinarios. En medio de la general conflagracion y del rebajamiento de todos los caracteres, lucen en esos desdichados tiempos las dotes casi sobrenaturales de algun génio. El año 1846 representaba la lucha terrible del principio del orden y de la revolucion en todas las esferas sociales; en el orden político los sistemas de la soberanía popular y del cesarismo; en la filosofia el racionalismo y la escuela teológica; en la religion el libre exámen y la doctrina católica. Europa entera padecía el vértigo de la disolucion y del mas espantoso desorden. Francia se acercaba á su 1848, Italia se estremecía con las señales de una próxima conjuracion, cuyos timbres de gloria habian de ser el

bárbaro asesinato de Rossi, los discursos demagógicos de Gavazzi, el ministerio Sterbini y la proclamacion de la mas pròstituida república; Alemania, devorada por los progresos del hegelianismo; Rusia, entregada á las olas del cisma y á la persecucion del catolicismo; España, discutiendo las formas constitucionales, dividida en partidos políticos ambiciosos y sin hallar la manera de conciliar el principio de autoridad y el de libertad, y Austria, figurando una política favorable al papado, pero atenta únicamente á consolidar su poder y su influencia en Europa, sin reparar en los medios.

En tales circunstancias, el cónclave de Cardenales elige por aclamacion al Papa Pío IX. Este admirable Pontífice viene á resolver dos difíciles problemas: el primero es la necesidad del catolicismo para la vida de los pueblos; el segundo la compatibilidad de esta sublime religion con las formas constitucionales aparecidas en el mundo político. Preciso era que enfrente del racionalismo ateísta de la Convencion francesa se levantasen las afirmaciones consoladoras del dogma católico; que al lado de la division de la soberanía, sostenida por los hombres del 89 y del 93, se proclamase la unidad de la

autoridad religiosa dentro del Papado; si el mundo corria ciego tras el ideal de la variedad que separa y que destruye, la Iglesia católica necesitaba agrupar sus ovejas bajo la enseña de la unidad, que borra la division y origina la fuerza. De otro modo la sociedad humana caminaba al mas horrible socialismo, sin mas freno que la voluntad individual, y perdida la fe en los principios del catolicismo y sin esperanza de salvacion. Se acercaba el tiempo de arrancar de la discusion pública el immaculado estandarte del unitarismo gerárquico de la Iglesia, y sonó esta hora venturosa el 18 de Julio de 1870. Desde este instante la revolucion ha perdido una de sus mas acariciadas ilusiones, la de separar la soberania de la cabeza de la Iglesia católica; hoy no es posible que piense en alcanzar este triunfo, porque todos los que no obedecen al Papa infalible, dejan de ser católicos. Hasta nuestros tiempos no se habia formulado como doctrina salvadora la soberanía nacional; por eso no fué necesario oponerla la infalibilidad pontificia: ahora sabe ya el mundo entero que los que siguen á la revolucion se alejan de la Cátedra de la verdad; sabe tambien que la sociedad, emancipada de la benéfica tutela del catolicismo, se precipitará sin remedio en los abismos de la muerte. El primer problema que planteó el espíritu del siglo ha sido, pues, resuelto completamente por el Papa Pio IX; este solo hecho basta para que el mundo le contemple con admiracion, y la historia bautice nuestro siglo con su mágico nombre.

No era ciertamente la situacion de la Iglesia muy satisfactoria para prometerse buenos resultados en las negociaciones políticas con las potencias europeas. La criminal conducta que Napoleon siguiera con Pio IX, y la ocupacion de Ancona bajo el pontificado del bondadoso Gregorio XVI, eran sin duda tristes presagios de que la política y la religion iban por distintos caminos. La fe católica habia sufrido recios golpes de las escuelas individualistas, y los gobiernos se dejaban llevar del avasallador torrente de la impiedad; la única barrera que para contenerlo se habia construido, era el famoso tratado de la Santa Alianza de 14 de Setiembre de 1815. ¡Dique poco poderoso para encauzar la revolucion! Los ilustres escritores presbíteros Villarrasa y Moreno Cebada, juzgaron aquel convenio en los siguientes términos: «Alejandro, emperador de Rusia, mantenía para sí la jefatura de la Iglesia oriental, usurpada al Pontífice romano. Federico, rey de Prusia, invocaba la necesidad de cimentar la paz en las conciencias, manteniendo su espíritu de protesta contra la Iglesia católica. Solo Francisco de Aus-

tria invocaba la unidad estando en el centro de la unidad. Tres soberanos invocan la palabra de vida como guia suprema de sus pueblos; y dos de ellos, ó no comprenden aquella palabra, ó se rebelan á sabiendas contra ella. Entrañó, pues, la Santa Alianza una contradicción fatal entre el lenguaje y el espíritu, las palabras y las obras. Sentados los hermosos principios, en aquella magnífica confesion formulados, lo que procedia era que el czar abdicara el poder espiritual, que ejerce un título sobre las conciencias, y que el rey de Prusia, anulando las protestas contra el magisterio romano que de la cátedra apostólica procede, dieran un abrazo á su aliado del Austria, y entonarán los tres soberanos ante sus respectivos pueblos el *Credo in unam Sanctam, Catholicam et Apostolicam ecclesiam*. Entonces la paz social tuviera una base inquebrantable.» ¡Qué verdad tan grande!

Esta alianza estaba inspirada en los intereses temporales; era un medio de conservar el equilibrio europeo, sacrificando los fueros de la conciencia. El Austria, que aparecia como potencia católica en esta declaracion, invadia al poco tiempo los Estados Pontificios á pretexto de restablecer el orden, pero en realidad para asegurar su influencia en Italia. ¿Cómo habia de fiar su suerte el Pontificado á la proteccion de esta potencia? Por otra parte, ¿no era muy posible que las armas francesas ó rusas deshicieran en un momento la trabajosa obra de muchos dias? ¿Era conveniente que la Santa Silla se abrazase al pendon austriaco y corriese sus azares? ¡Oh! de ninguna manera; Pio IX era un sabio, era un grande político, era un génio; sabia las tenebrosas maquinaciones que minaban el poder del Austria, conocia las aspiraciones de Napoleon y presentía la necesidad de obrar con independencia y resolucion. Balmes decia á fines de 1847: «El trabajar por emanciparse de toda influencia extraña, el colocarse en tal situacion que no se necesite de su apoyo, es para todo soberano una tarea dignísima, una tarea que le aconsejan de consuno su decoro, su honra, el bien de sus pueblos, su propio interés y hasta su seguridad en un porvenir mas ó menos cercano. Si el Papa ha querido proceder de modo que no quedase motivo ni pretexto para mirarle como un protegido de Austria; si el Papa ha querido prevenir que en adelante no hubiese necesidad de que penetrasen en sus Estados los ejércitos austriacos para restablecer el orden; si el Papa, á mas de esa alta prevision política se ha sentido animado del sentimiento de nacionalidad italiana, no hay corazon generoso que no deba aplaudirle; no hay alma noble que

no deba felicitarle; en este hidalgo pensamiento se habrá conformado el Papa con el de sus predecesores, quienes al propio tiempo que defendían las prerogativas de la Iglesia, defendían también la independencia de Italia.»

Y examinando la significación del Austria en Europa; añadía estas significativas palabras: «Fiar la suerte temporal de la Santa Sede al protectorado de Austria ni de otra potencia, es un grave error: es dormirse tranquilamente al borde de un abismo. Repetidas veces ha experimentado Roma lo que hacía notar Consalvi antes de la elección de Pío IX: que todas las potencias de que se había esperado apoyo, no ofrecían al estado eclesiástico sino amigos inciertos ó indignos aliados, y tiene ahora aplicación, y en adelante la tendrá mas, lo que á continuación añadía aquel hombre célebre, que convenia buscar una nueva fuerza en todos los recursos que no faltan jamás á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles. La Santa Sede no puede fiar su porvenir temporal á las potencias del Norte; en ellas no hay suficiente garantía ni de fuerza, ni de buena voluntad. No de fuerza porque el núcleo de ésta se halla demasiado lejos del punto que necesitaria protección; no de buena voluntad, porque aun suponiendo un nuevo José II en el trono de Austria, no se puede perder de vista que el rey de Prusia es protestante y el emperador de Rusia cismático, y que ambos gobiernos han dado pruebas recientes, públicas, estrepitosas, de su espíritu de oposicion á la religion católica.» Folleto titulado *Pío IX*.

(Concluirá).

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuación).

El anciano no respondió: se agitó, sin embargo, en su sillón, y dirigió una mirada opaca y medrosa en torno.

Acaso temia que alguien les oyese: acaso se estremecía creyendo escuchar á su vez el acento de la conciencia; aquel acento de que le hablaba Martin.

Éste, con desapiadada crueldad, prosiguió diciendo:

—¿Es verdad, señor, que V. debe saber que todo esto es terrible?

—Yo... balbuceó el enfermo mas alterado cada vez.

—Sí, porque cuando se derrama la sangre de

un hombre, no es solo la mano la que asesina, es también la voluntad que la guía.

—¡Oh! basta, murmuró el Sr. de Enriquez; basta.

El guarda-bosque, sin aparentar escucharle, continuó:

—Y si ante el mundo no es igual la responsabilidad, lo es ante Dios, sin duda alguna.

—¡Basta! volvió á decir el anciano con voz ahogada.

—Sí, debe serlo, prosiguió Martin; debe ser igual, y mayor acaso... El que manda ejecutar el crimen, no sufre sus consecuencias, mientras que el que lo ejecuta, siempre tiene presente el postrer grito y la postrera mirada de su víctima! Siempre entre las sombras de la noche, en la soledad del bosque, cree distinguir una sombra que le sigue, un eco que le acusa, una gota de sangre que con su húmedo calor quema su frente!

—¡Calla, calla por Dios! exclamó el infeliz paralítico extendiendo sus manos con ademán suplicante, como queriendo alejar una vision horrible; calla por Dios. Si quieres dinero, tómale, pídemelo cuanto tengo; pero no prosigas, no prosigas hablando así.

—¡Dinero! repitió Martin, ¡dinero! ¡Oh! si todo se compra con él; ¡todo! menos el reposo, menos el silencio de la conciencia.

El Sr. de Enriquez lanzó un profundo gemido y ocultó la frente entre las manos.

Martin guardó silencio y quedó un instante inmóvil, con la frente inclinada sobre el pecho.

Después de algunos momentos,

—Y bien, exclamó: lo hecho no puede dejar de ser; adelante, pues, y ya que no borrar, procuraremos adormecer el recuerdo: para ello es preciso....

—Sí, sí, se apresuró á decir el anciano; ya te comprendo, es preciso dinero; yo te lo daré! toma, toma esta llave, es la de ese secreter; en él está cuanto tengo; toma lo que necesites, pero no vuelvas nunca á hablarme del pasado; eso me horroriza, me extremece.

—Está bien, respondió Martin que empezaba á recobrar su sangre fría, alterada un instante con los recuerdos del pasado: yo callaré; también á mí me hace daño pensar en esto.

El anciano indicó á Martin el secreter con una seña, manifestando de este modo que deseaba poner término á aquella entrevista.

El guarda-bosque se dirigió allí, abrió con la llave que acababa de tomar, y quedó un instante perplejo ante la idea del oro que podia adquirir.

—Señor, murmuró; yo no sé... no me atrevo...

—¡Muy caro me cuesta tu silencio! hace tiem-

po que me he vuelto avaro; que niego á mi hijo las sumas que me pide, acusándole de pródigo; y todo cuanto poseo va á parar á tus manos sin que nunca se acabe esta continua lucha.

—Es que ya he dicho....

—Toma lo que necesites, y acabemos ya.

Martin tomó un paquete de monedas de oro y lo colocó en su bolsillo; luego, viendo los ojos del anciano fijos con ansiedad sobre él,

—Con esto tengo bastante, murmuró! podía nacerme rico y así... pero no soy tan malo como parece; en teniendo lo preciso para algun tiempo.... Yo no intento salir de mi humilde condicion, y bebiendo unas cuantas botellas todas las noches estoy contento. Una botella de buen vino es el amigo mas alegre y el mejor.

Martin cerró de nuevo el cajon donde el Sr. de Enriquez guardaba su caudal, y dando á éste otra vez la llave, se dispuso á salir, creyendo que su permanencia allí era ya inútil.

El enfermo le dijo «adios» con un afan indecible.

Parecia que al perderle de vista iba á respirar con mas libertad.

Sin embargo, un pensamiento cruzó su frente y la hizo tornarse pálida.

—¡Oh! pensó el desgraciado con desaliento; ese hombre se embriaga con lo que yo le doy, y en su embriaguéz puede algun dia pronunciar mi nombre ó revelar mi secreto. ¡Siempre el temor! ¡siempre la duda y siempre el miedo!

É inclinando la envejecida frente, se entregó á sus dolorosas reflexiones, que nadie en algun tiempo llegó á turbar.

Durante la conversacion de su padre y del guarda-bosque, Margarita se habia dirigido al jardin, y se aproximaba á la glorieta que en su centro habia, con un afan que solo podria comprender el que amara por primera vez.

Nadie la observaba.

Su hermano se hallaba pocas veces en la hacienda, pues pasaba los dias ó vigilando á los trabajadores por orden de su padre, ó entregado á las fatigas de la caza, que era lo que constituia su mas querida distraccion.

Los criados de la hacienda, todos en aquella hora se hallaban entregados á sus ocupaciones, y los mas fuera de la casa en aquel momento.

Margarita, pues, sin ser vista de nadie, llegó al sitio donde Rafael la aguardaba lleno de impaciencia tambien.

—¡Ah! exclamó el jóven al verla; creia que hoy no te iba á ver.

—Martin acaba de decirme que me esperabas.

—Sí.

—Él queda con mi padre en este instante; dice que tiene que hablarle.... no sé de qué, y he aprovechado los instantes para venir un momento y decirte que no me olvides.

—¿Pudiera hacerlo por ventura, Margarita, amor mio?

—¡Oh! es que seria tan triste mi vida si no me amaras, Rafael!

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Con el mayor gusto damos cabida en las columnas de nuestro periódico á la siguiente bellísima poesia, debida á la pluma del jóven y distinguido poeta D. Antonio Jimenez Verdejo, seguros de que nuestros suscritores leerán con placer esta composicion, tan llena de fluidez, de armonía y de inspiracion:

Á GRANADA.

Reina de los jardines y las flores
para escribir tus glorias
pobre es la inspiracion de tus cantores
porque son tan gigantes tus memorias
que faltas ya de espacios y de suelo
con tu Sierra se elevan hasta el cielo.
Mas hoy, que el pecho llena
de patria y religion el fuego santo
y su nombre en tus ámbitos resuena,
depongo el miedo y tu grandeza canto.

Moriscos torreones
de tu Alhambra describen el recinto
guardando las creaciones
del genio colosal de Cárlos Quinto.
Anciano centinela
de noble aspecto y de canosa frente,
Sierra Nevada vela
tus glorias y tus sueños, y desata
raudales bullidores,
donde bebe el Genil olas de plata
y cantares de amor los ruiñeños.
Tus cármes sombríos
al alma inspiran misterioso encanto:
en sus frondosas, verdes espesuras
aun parecen brillar las armaduras
de cristianos guerreros:
y cuando ruje el vendabal, semeja
fantásticos gemidos de agonía
y el áspero crugir de los aceros:
se ven cruzar pesados escuadrones
victoriosos alzando
en tus altos y fuertes torreones
la enseña de Isabel y de Fernando.

Granada, joya altiva
de aquel génio indomable, cuyo acento
logró rendir tus muros,
¿quién tu imperio avasalla
sobre el corazón, ante tu vega, estalla
de orgullo y sentimiento?
Cada llano recuerda una batalla
y encierra cada zanja un monumento.
Las rojas amapolas de tus valles,
las rocas de tu Sierra,
aun guardan los detalles
de la sangrienta guerra,
que llenada de victorias,
con la Fe por divisa, sol fecundo,
grabó en tu suelo inmarcesibles glorias
y le dió á tu nación un nuevo mundo.

El soplo destructor de las edades
con saña desmorona
esa anciana corona
de torres esmaltada que te ciñes:
tu Alhambra se derrumba,
y al rodar volteando en el espacio
cada piedra del árabe palacio
un eco triste en sus salones zumba.
¿Qué son ya tus grandezas musulmanas?
gigantes esqueletos
que baña el sol con su rojiza lumbre:
tus proezas cristianas
lozanas siempre vivirán, escritas
del Sacro-Monte en la escarpada cumbre.

Canta al Señor, Granada:
de Isabel y Fernando
era la Cruz el vencedor emblema,
y á su sagrada sombra
grabaron de tus glorias el poema;
y si esmaltó de flores tus jardines,
y dió á tu Sierra plateada alfombra,
y oro dió á las arenas de tus ríos,
y á tus bosques sombríos
el cantar de las aves armonioso,
y á tus torres grandeza soberana,
aun te dió un monumento mas hermoso:
llenó tu corazón de fe cristiana.

Antonio Jimenez Verdejo.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Esto á lo menos creí yo, y resuelta á saber la verdad me propuse penetrar en el pensamiento de mi esposo, por cuantos medios estuvieran á mi alcance.

«Me armé, pues, de valor, y esperé que el tiempo viniese en mi ayuda.

«Solo me afligia la idea de que cuanto mas tardase en lograr el cambio de Héctor, tanto mas tardaría en reconciliarme con mis padres.

«Todo aquel día lo pasé entristecida y contrariada.

«Parece que damos mas precio á un deseo cuando mas difícil se nos hace realizarlo, y esto me pasaba á mí, faltándole algo á mi alma al faltarme la presencia de aquella á quien me habia enseñado á llamar consuelo de los afligidos.

«Nuestra casa, en donde Ella no era admitida, empezó á tener para mí algo de siniestro y repugnante, algo que me hacia mirarla como árida y desierta.

«Héctor estuvo fuera gran parte del día, y cuando volvió se dirigió á su despacho, sin entrar antes en mi cuarto.

«Esto me angustió mas y mas.

«Si se ofendia con mis súplicas ¿de qué medio me iba á valer para atraerle conmigo al bien?

«Anhelando verle salí de mi estancia y me dirigí á su despacho juzgando que estaria solo; pero al llegar á la puerta me detuvo el ruido de dos voces que escuché dentro.

«Esto me extrañó sobre manera: nadie habia venido con mi esposo, ni nadie le esperaba tampoco.

«¿Quién podia ser, pues, el que estaba con él?

«La curiosidad hizo que prestara oído al eco de aquellas dos voces, y mi nombre repetido por una de ellas fijó mas y mas mi atención.

«Un acento desconocido enteramente para mí pronunciaba á la sazón estas palabras:

—«Y juzgas que te has engañado en tus cálculos, con respecto á Consuelo?

—«Todavía no puedo asegurarlo.

—«No decias que en breve...?

—«Te repito que nada de esto hemos hablado.

—«Pero tu esposa....?

—«Ella me ama y hará cuanto yo la exija.

—«En ese caso mejor para ti; pero hablemos de otra cosa: hablemos de nuestra misión.

—«¡Oh! eso es mas difícil; el pueblo desconfía de nosotros y se burla de nuestros esfuerzos.

—«Pero tú ofreciste....?

—«Hacer cuanto estuviere en mi mano para complacer á nuestros hermanos; esto lo he cumplido, aunque con muy poco éxito.

—«¿Cómo!

—«Inútilmente quiero que algunos sigan mi ejemplo, ofreciéndoles grandes ventajas: en valde también reparto á manos llenas libros, libelos y folletos. Nadie los quiere, y si los acep-

«tan es solo hasta saber su contenido.

—«Nada importa: es preciso continuar y difundir nuestras ideas; tú, afiliado á la secta protestante hace poco, tienes, sin embargo, grandes deberes que cumplir, puesto que así lo has prometido.»

«No pude escuchar mas, porque di un grito que reveló mi presencia en aquel sitio.

«Héctor corrió al sitio en que me hallaba, y abrió violentamente la puerta.

«En mi turbacion, en el trastorno que me dominaba, no pude dar un paso, y permanecí allí sin tratar de alejarme ni de ocultar mi presencia.

«Harry al verme lanzó una exclamacion de sorpresa y disgusto, y cogiéndome por un brazo,

—«¿Me expiabas? preguntó con violencia; ¿me expiabas?

—«¡Oh! no, contesté sin saber casi lo que hablaba; no, yo venia....

—«¿Á qué?

—«Á buscarte.

—«¿Y has oido...?

«Guardé silencio; pero oculté la frente entre ambas manos, y derramé un torrente de amargas lágrimas.

«Héctor me condujo hácia la puerta y dijo casi á mi oido:

—«Espérame en tu cuarto; pero no me pongas en ridiculo con ese llanto, ante una persona extraña.

«Obedecí sin murmurar y me dirigí á mi estancia.

«Allí caí en un sillón anonadada y confundida.

«Entonces comprendí la verdad! comprendí que criada en los mas rectos principios de religion y de piedad, era la esposa de un protestante!

«Temblé y quedé anonadada ante aquel descubrimiento.

«Mil sentimientos extraños se disputaban mi corazón.

«Héctor, el esposo que yo habia elegido, olvidando por él mis mas sagrados deberes, era el enemigo de mi Dios, de mi culto, de mi religion, era el encargado de trabajar contra ella, de luchar contra sus prácticas, contra sus principios; era el encargado de combatirla, en fin.

«¡Oh! cuál seria el dolor de mi padre, cuál la desesperacion de mi pobre madre tambien!

«Y sin embargo, yo amaba á Héctor con todo mi corazón, le amaba con toda mi alma: era mi primero, como debia ser mi último cariño!

«Abismada en mis encontrados pensamientos permanecia aún, cuando mi esposo apareció en la puerta de la estancia.

«Él tambien traia la frente ceñuda y la mirada sombría.

«Se acercó á mí, y de pié con los brazos cruzados, mudo é inmóvil, me contempló algunos segundos.

«Yo estaba tan trémula, tan turbada, que apenas me atrevia á mirarle.

—«Consuelo, murmuró al cabo; por no sé qué afañ inmotivado has querido sin duda penetrar secretos que yo te ocultaba por evitarte solo un pesar; pero tú has querido conocerlos, y ya no hay medio de retroceder.

—«¡Oh! bien sabe el cielo que el anhelo que me guiaba era el de....

—«No prosigas, y evitemos inútiles explicaciones.

—«¿Qué quieres decir?

—«Me conoces tal cual soy: sabes mis ideas, sabes el fin á que me consagro; pero aun eres dueña de fijar nuestro porvenir.

—«¡Dueña de fijar el porvenir! exclamé con amargura recordando los lazos que nos unian, y mi pasion sobre todo.

—«Sí, respondió Héctor; si mi presencia te causa enojos, si no puedes avenirte á partir mi destino; si tu pasada existencia es mas grata para tí, habla, en este momento te juro respetar tu voluntad.

—«¡Cómo! me propones separarme de tí?

—«Te propongo que vuelvas al lado de tus padres, puesto que tanto te aflige, que tan profunda impresion te causa lo que acabas de saber.

—«¡Separarnos! murmuré de nuevo.

—«Nadie podrá comprender lo que esto seria para mí: para mí que no tengo mas amor que tú sobre la tierra!

—«¡Dios mio!

—«Habla: ¿qué decides?

—«Yo....

—«Dime si no te sientes con fuerza para vivir á mi lado, sabiendo que mi religion es otra, que otras son mis creencias.

—«Pero....

—«Yo respetaré, sin embargo, las tuyas, y recompensaré este sacrificio de tu parte, con una ternura sin limites, con un amor ardiente y eterno, como el que me has jurado tú.

—«Héctor, respondí; en este instante no sabria responder á ninguna de tus palabras; no sabria definir realmente nuestra posicion. Acaso en la exaltacion de mi mente veo un abismo sin fondo en lo que solo es un escollo de la vida; deja que me tranquilice, deja que pase el dolor que me ha causado esta decepcion, y deja que se seque mi llanto; que mis ojos

«puedan ver serenamente la verdad, y entonces
«pensaré lo que á ambos puede convenir.

«Harry pareció quedar satisfecho y someterse
«á mi voluntad.

«Á instancias mías me dejó sola, y entonces
«empezé á pensar de nuevo en mi situación.

«Era para mí de tal trascendencia la resolu-
«cion que debia tomar, que mis ideas se confun-
«dian y no sabia ni aun meditar.

(Continuado).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CAMPANA.

Al despuntar la mañana,
De la parroquia vecina
Oigo sonar la campana,
Y al oír su voz ufana
Mi ruego á Dios se encamina.

Cumpliendo con mi deber
Gracias á Dios debo dar
Por su infinito poder,
Pues al acostarme ayer,
Recé para despertar.

Cuando con fúnebre son
Campanas doblando van,
Pido á Dios con emocion
Le dé al muerto la mansion
Donde los justos están.

Reza, me digo, que así
Tambien al fin doblará
Una campana por tí,
Y al doblar ella por mí
Alguien por mí rezará.

Sabadell.—Manuel Ribot.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

EL RESCATE DE UN CAUTIVO.

(Continuacion).

Cuando todos los ruidos exteriores habian ce-
sado, cuando la luz se habia extinguido por com-
pleto en la triste prision del niño cautivo, éste
sintió que el valor le abandonaba y que el terror
empezaba á apoderarse de su alma.

«Era Pelayo tan niño!

«Quién á los diez años no se siente turbado
por el miedo, al encontrarse solo, en medio de
las tinieblas de la noche, sin una madre que dé

calor á nuestro corazon con el dulce abrigo de
su santa ternura?

En vano el inocente niño quiso recurrir al sue-
ño para olvidar el lugar en que se hallaba: el
sueño huía de sus ojos, y su cuerpo, acostum-
brado al mimo del hogar materno, y á las como-
didades de la opulencia, no podia reposar en
aquel duro y húmedo suelo, cubierto apenas por
algunas pajas.

Entonces algunas lágrimas, puras como la
perla aun guardada en su concha, brotaron de
sus hermosos ojos; en su abandono invoco á la
Santísima Virgen, Reina de los Ángeles y ma-
dre amorosa de los tiernos niños.

El nombre inmaculado de la divina Maria,
atrajo á su mente otras ideas que la llenaron por
completo, obrando el milagro de apartar su me-
moría de aquellos sitios, de aquella soledad, de
aquel horror.

Pensó en aquella dulce Madre, velando el sue-
ño de su Jesus, dormido en un pesebre, sin le-
cho y sin abrigo.

Creyó verla sonriéndole bondadosa, y pensó á
la par oír su acento que en un lenguaje miste-
rioso le decia: «Nada temas, Pelayo, yo estoy
«aquí amparando tu soledad; si este lugar te
«causa espanto, piensa que yo, arrojada de Be-
«len en una noche fria y oscura, busqué en un
«establo miserable techo y hogar, en el instante
«mismo en que iba á llamarme Madre de un Dios.
«Si ese puñado de paja te parece tal vez mez-
«quino lecho, recuerda tambien que mi augusto
«hijo, niño como tú, durmió sobre pajas al venir
«á este mundo, hechura suya, y al cual iba á
«rescatar despues de haberle creado.

«Acepta, hijo mio, ese corto momento de prue-
«ba, con el cual puedes comprar una eternidad
«de alegrías; acepta ese pequeño cáliz de amar-
«gura, que al apurarle hallarás en su fondo el
«manantial purísimo de una ventura que no
«acaba!

«Sé fiel á mi divino Hijo, Pelayo, que te pre-
«para la inmortal corona, y yo siempre estaré
«contigo para infundirte esperanza y valor. Sé-
«le fiel, y obtendrás la corona de los ángeles por
«la inocencia y la palma de los santos por la
«fé.»

Aquellas dulcísimas palabras que el niño creia
escuchar á su oído, cuando solo eran repetidas
en el fondo de su alma, por Aquella á quien el
santo obispo le habia dejado encomendado, le
dieron fortaleza, y calmaron su espanto hacién-
dole pensar en el cielo.

Pelayo entonces, con un anhelo superior á sus
años, bendijo su prision, bendijo el duro suelo,
bendijo las pajas en que iba á reposar, pensando
que todo aquello le asemejaba á Dios, y le acer-
caba sin duda á Él, ofreciendo la vida por su
amor.

El Salvador del mundo, el Santo de los San-
tos, aceptó sin duda aquella ofrenda; pero tuvo
piedad del tierno niño, y quiso hacerle menos
penosa la senda del cielo, abreviándole los do-
lores de aquella primera noche de cautiverio y
soledad.

El Ángel de la Guarda de Pelayo rozó la fren-
te del niño con la extremidad de sus blancas

alas, y con el dedo puesto en el divino labio, impuso silencio á los vagos ruidos de la noche, porque no turbaran el sueño que habia hecho descender sobre sus párpados.

Pelayo se quedó profundamente dormido, y no despertó hasta que la primera luz del alba penetraba por la claraboya de su calabozo.

Casi al mismo tiempo, el ruido de los cerrojos le anunció que alguno venia á traerle quizás el preciso alimento.

Así era en efecto, y el pobre niño pudo saciar su hambre y su sed, pues no habia comido desde el día anterior.

Por cruel que fuese el encargado de custodiarle, no pudo menos de compadecerse de su hermosura, de su candor, de su tierna edad. ¡Quién tiene privado de la libertad, del aire y de la luz á una criatura de tan pocos años, tan indefensa, y que á nadie ha causado daño jamás!

Aquel hombre tuvo lástima de Pelayo y se propuso mejorar su suerte, solicitando de Abderraman, no la libertad del desgraciado niño, porque era entonces imposible, sino un poco de menos rigor y un poco de mas bienestar.

Así lo hizo en efecto, y tanto ponderó ante el rey moro la hermosura y la gentileza del infantil cautivo, y su bondad y su candor, que Abderraman quiso verle, y aquel mismo día dió la orden de que le llevasen á su presencia.

(Continuación).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

EL FRIO EN SIBERIA.

Victor Meignan, que ha ido de Paris á Pekin por Siberia y Mongolia, y que publicará la narración de su viaje, cuenta cosas muy interesantes sobre el frío intenso de dichos países y los sufrimientos que afligen á los viajeros.

La parte de la cara comprendida entre la nariz y la boca, dice Meignan, se cubre en pocos minutos de un espeso hielo formado por el vapor de la respiración. Es preciso de rato en rato despegar este hielo, y la operación causa un verdadero dolor. Para poder dormir por la noche tienen los viajeros la costumbre de majar su gorro de pieles, que se endurece por el efecto de la helada, y ofrece así un sólido obstáculo á pocos centímetros de la cara. La respiración entonces va á congelarse en la improvisada pared. Á pesar de estas precauciones, todas las mañanas me despertaba con los párpados pegados por el hielo y no podía abrir los ojos. Tenia que deshelar mis pestañas con los dedos para ver.

Otro efecto raro de un frío tan grande se puede admirar por la mañana, entrando en un pueblo á la

hora en que se enciende fuego en las casas. En cuanto al salir de la chimenea, sube derecho hacia el cielo, en llegando á cierta altura se encuentra con una capa de aire demasiado densa para poderla penetrar, y tropieza con ella cual si fuese contra un techo.

Se extiende entonces formando una espesa capa de vapor que se convierte en nube protectora contra el frío para todo el pueblo.

Luego cuenta de que modo tratan de preservarse contra los rigores de la temperatura.

Nos pusimos primeramente cuatro pares de medias de lana, y encima, como calzado, unas medias de fieltro que nos cubrían completamente las piernas.

Nos envolvimos la cabeza con tres espesores de piel y la cubrimos con una gorra de astrakan. Y metidos en el trineo, nos envolvimos las piernas en una piel y una mantá de fieltro.

Todo esto que parecería exagerado para preservarse durante pocas horas del mayor frío, es poco, y apenas nada, cuando se queda uno largo tiempo expuesto al aire, y sobre todo con el consorcio de un viaje prolongado noche y día, en trineo, sin pararse para dormir.

Hé aquí otro párrafo también curioso de dicho libro, sobre la manera de alimentarse durante esos terribles inviernos del Norte:

«La comida que hicimos por la noche, fué muy alegre y jovial. La lista de manjares era abundantísima.

Sacamos cada uno nuestras provisiones: pan helado, cabial helado, confituras heladas y salchichón que no podíamos doblar ni contra las rodillas usando de toda nuestra fuerza.

No es posible, sin provocar la risa, figurarse el cuadro de siete hambrientos, puestos delante de treinta manjares, contra los que infaliblemente se romperían los dientes, á no tener la paciencia de esperar el efecto del calor.

Poco á poco, á medida que se reblandecen los alimentos, las caras se regocijan, y cuando por fin la punta del cuchillo puede penetrar en alguna parte, un grito de triunfo anuncia el principio de la comida. Al final comimos unas frutas excelentes conservadas por el hielo. Este procedimiento es particular de la Siberia. En cuanto se sienten los grandes frios ponen la fruta fuera, con preferencia al Norte, con el fin de que el sol no pueda darles; se hielan completamente y se conservan, así como la carne, y en general todos los alimentos de Siberia.

Á pesar del estado de solidez por el que ha pasado, esta fruta conserva hasta el gusto. Cuando la sirven está dura como madera, y al caer en tierra produce el mismo sonido que el de un cuerpo sólido. Un día pregunté, por curiosidad, comiendo una gallina, desde cuándo estaría muerta. Me respondieron, para atenuar mi repugnancia: «No hace mas de dos meses.» Para la vaca toman menos precauciones; casi todos los carniceros matan cuando principian los frios, en prevision para el invierno. Ninguna carne se altera con una temperatura semejante. Lo mismo sucede con los pescados; se ponen tan duros, que se ven en los mercados apoyados en la pared, derechos sobre su cola, á pesar de su tamaño y de su peso.»

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.